



El cometa de la fiebre amarilla

(6 de mayo de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2606

DOMINGO 23 DE AGOSTO DE 2020

Foto de Samantha Isais Ochoa.



ESCRIBEN: Salvador Velazco, Magda Escareño, Gerardo Cham, Yunuén Cuevas, Miguel León,
Ángel Gaona, Leopoldo Barragán, Armando Polanco y Carlos *Caco* Ceballos.

A las nueve en punto

Las batallas en el desierto

Salvador Velazco

Amor es un algo sin nombre que obsesiona a un hombre por una mujer... **Pedro Flores**, "Obsesión"

Poeta, novelista, editor, ensayista, coeditor de revistas literarias, erudito, antologador, bibliógrafo, articulista, traductor, maestro: el lenguaje de los títulos, en su inevitable vaguedad, no abarca la verdadera obra cultural y humanista desarrollada por José Emilio Pacheco (1939-2014) a lo largo de su vida. En la década de los ochenta, cuando yo estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, aprendí tanto de mis profesores como de su célebre columna semanal, *Inventario*, que tenía en la revista *Proceso*. Para mí, como para infinidad de lectores, era un ritual casi religioso leer sus artículos periodísticos que conformaron todo un género literario. Durante cuatro décadas, entre 1973 y 2014, Pacheco escribió sobre temas literarios, sociales, históricos y políticos, estableciendo vasos comunicantes entre México y el resto del mundo. En una muestra de gran modestia, solía firmar sus artículos con tres letras: JEP.

El autor de la que es, quizá, la mejor columna cultural en la historia reciente de nuestro país nos ha dejado una breve novela de 68 páginas que este año está cumpliendo 40 años de su publicación. Me refiero a *Las batallas en el desierto* que fue publicada en el suplemento literario *Sábado* del diario *Unomásuno* en 1980. Posteriormente, la editorial Era la publicó en 1981; Pacheco hizo una revisión para una segunda edición en 1999. La novela ha tenido una carrera vertiginosa con una gran cantidad de reimpresiones y traducciones a diferentes idiomas, convirtiéndose en uno de los textos más leídos de la literatura mexicana. En 1987, Alberto Isaac (1923-1998), el cineasta que pasó su infancia y filmó varias de sus películas en Colima, dirigió una adaptación cinematográfica titulada *Mariana, Mariana*, que se hizo acreedora al Premio Ariel por la mejor película. Asimismo, el texto de Pacheco inspiró a Café Tacvba para escribir la canción "Las batallas".

Escribo estas líneas motivado por haber escuchado el audiolibro que acaba de subirse a la red el 30 de junio pasado, para celebrar los 40 años de *Las batallas en el desierto* y para recordar un aniversario más del natalicio de José Emilio Pacheco, quien habría cumplido 81 años precisamente ese día. En este audiolibro, #13vocesXpacheco (https://www.youtube.com/watch?v=-KhR1j-9Ya_Y), de una hora y media de duración, se congregan 13 personalidades para hacer una lectura colectiva. Participan Elena Poniatowska, Juan Villoro, Paco Ignacio Taibo II, Carmen Aristegui, Beatriz Gutiérrez Müller, Guadalupe Loaeza, entre otras figuras públicas del país. Cada uno de los participantes hace la lectura de un capítulo. A mí me pareció una buena estrategia escucharlos al tiempo que iba yo leyendo las páginas. Me gustó mucho la ambientación de la época que se escucha en el trasfondo y que a veces suspende la narración: comerciales, canciones, sonidos de la ciudad, diálogos de películas, música, entre otros elementos acústicos que convierten

esta producción en toda una radionovela.

En realidad, el mismo texto de José Emilio Pacheco va tejiendo una red de intertextualidad con la música, el cine, la historia, en fin, con la cultura del México del presidente Miguel Alemán (1946-1952), tiempo en que se desarrolla la acción de la novela. Para hablar específicamente de la musicalización que se hizo en el audiolibro, se tomó como punta de partida las propias referencias a las que alude el narrador. Así, se destaca el bolero "Obsesión" que escucharemos en varios momentos. Carlos, el protagonista, siendo ya adulto a principios de los ochenta, recuerda el tiempo de su infancia. Nos dice: "Estaban de moda Sin ti, La rondalla, La burrita, La mcura, Amorcito Corazón. Volvía a sonar en todas partes un antiguo bolero puertorriqueño: Por alto que esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo, no habrá una barrera en el mundo que mi amor profundo no rompa por ti" (cito por la séptima reimpresión, 2018, páginas 9-10, editorial Era).

No en balde José Emilio Pacheco le da una gran importancia a ese bolero del boricua Pedro Flores: representa el conflicto central de la novela. Carlitos se 'obsesiona' con una mujer mayor, Mariana, la amante del funcionario corrupto que forma parte del gabinete del presidente Alemán y madre de Jim, el mejor amigo. El discurso del bolero, en general, articula el deseo masculino por una mujer que puede estar ausente, idealizada o que significa un amor imposible. Este enamoramiento de Carlitos por una mujer que podría ser su madre provocó un gran escándalo social y, para acabar con la 'perversión' del niño, se da paso al proceso de su disciplinamiento por los aparatos ideológicos del Estado (familia, escuela, iglesia). Ciertamente, esta dolorosa experiencia representa el "coming of age" de Carlitos, el rito de pasaje de la niñez a la adolescencia.

Con todo, *Las batallas en el desierto* podría leerse también en clave alegórica. En una lectura de esta naturaleza, Mariana podría representar la modernidad (léase "norteamericanización") y Carlitos a México (por lo menos a la clase media). Por consiguiente, la obsesión de Carlitos por Mariana marcaría el proceso que comienza a darse en el sexenio de Miguel Alemán: la gradual desaparición del país tradicional y su paulatina inserción en la economía de Estados Unidos, así como la conformación de élites mexicanas asociadas con empresas transnacionales. Como ejemplo se podría citar al padre de Carlitos que se convierte en el gerente de la compañía norteamericana que compró su fábrica de jabones; o al mismo Carlitos a quien —al final de la novela— dejaremos preparándose en una escuela de Virginia para triunfar en el México moderno. Nos dice el Carlos adulto, en las últimas líneas, refiriéndose al país de su infancia: "Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia. Todo pasó como pasan los discos en la sinfonola".

Como un bolero.



En 2011, la editorial Era publicó una edición conmemorativa por los 30 años de *Las batallas en el desierto*. En portada (*Cilindrero en Avenida Juárez*) e interiores aparecen imágenes de Nacho López, fotógrafo mexicano que captó la vida cotidiana de la Ciudad de México en la década de los años cincuenta, época en que se desarrolla paralelamente la historia del pequeño Carlos.



Esa mujer (Mariana) de pierna cruzada con los ojos tapados, recreada en la mayoría de las ediciones que ha publicado Era de *Las batallas en el desierto*, es obra del pintor y escultor Vicente Rojo, quien ilustró la primera edición (1981) y la publicación original en el suplemento literario *Sábado* del diario *Unomásuno* en 1980.



De la serie *La Venus se fue de juerga por los barrios bajos* (1953).



Cuando una mujer guapa parte plaza en Madero (1953).

La visión de Nacho López

Ágora

Entre lo documental y lo experimental, con sus series y ensayos fotográficos, Ignacio López Bocanegra, mejor conocido como Nacho López, nos legó una vasta obra que abarca desde las crónicas urbanas del México pasado, hasta propuestas modernistas de creación artística.

Si *Una vez fuimos humanos* denuncia los rincones de miseria de la gran ciudad, que lo coloca como una figura importante en el fotoperiodismo nacional, con las series *La Venus se fue de juerga por los barrios*

bajos o *Cuando una mujer guapa parte plaza en Madero*, nos revela el enfoque lúdico de la fotografía, un sentido del humor que a veces olvidan los maestros de la lente.

Su trabajo se publicó en semanarios y revistas ilustradas como en la conocida trilogía *Hoy, Mañana y Siempre!*, en la primera mitad del siglo XX, un periodo muy creativo e innovador para la fotografía mexicana con la visión de Nacho López. Mucho por escribir, pero mejor que las imágenes hablen por sí solas.



De los foto-ensayos: *Una vez fuimos humanos* (1951).



De la serie *Noche de muertos* (1950).

Embrionario

Magda Escareño

Bondades:

III Brisas encantadas:

Desde la profundidad marina un remolino imperceptible, poblado de hadas, se dirige hacia las palpitaciones de los seres heridos por el sol. En la tierra, desde que la noche busca su refugio abriendo ventanas a la tarde, brotan duendes y con sus cántaros diminutos van regando frescura a la memoria.

¡Ánimo!

Miguel Ángel León Govea

A veces es necesario olvidar las ánimas y conseguirle ánimos a la muerte.

Todo consiste en abrir los ojos como quien abre una naranja y comprueba que no está podrida.

Todo consiste en alegrarnos por cada paso que nos conduce al polvo.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

El cometa de la fiebre amarilla

Don Manuel Sánchez Silva

(6 de mayo de 1956)

En 1882 apareció en el cielo de Colima un hermoso turista celeste. El cometa no era de grandes proporciones, pero su núcleo despedía una luz tan clara y brillante, y era tan graciosa la curvatura de su cauda, que el conjunto resultaba de una gran belleza.

Manuel Rivera, Miguel García Topete y Arcadio Zúñiga y Tejeda, bardos provincianos de aquel entonces, se inspiraron en el astro errante, desbordando sus lirismos y acen- tuando el interés popular por admirar al rutilante viajero nocturno.

Sin embargo, en la contemplación admirativa del cometa, que constituía la más amena de las veladas, había ese fondo de angustioso presentimiento que se experimenta ante los acontecimientos insólitos, donde la mano del hombre no interviene para producirlos o evitarlos. Las temerosas consejas de trágicas profecías empezaron a tejerse, hasta formar sobre la ciudad un velo de congoja. ¡Solo Dios sabía lo que el cometa trajera!

EL BARCO FANTASMA...

Por esa época, el puerto de Manzanillo era el de mayor importancia y movimiento en el Pacífico. Por él entraban las mercancías de Oriente y era el punto obligado para el tráfico viajero y comercial con el norte del país.

A principios de octubre de 1883, amaneció en la bahía un barco desprovisto de toda identificación. En sus costados no figuraba nombre alguno, ni se advertían señales de vida sobre cubierta.

Las autoridades del puerto ordenaron que la nave misteriosa fuera visitada por dos jóvenes: Florencio Arzac, agente de resguardo marítimo, y Gregorio Silva, vista aduanal. Llegaron al barco incógnito, no encontraron alma viviente, y mientras Arzac se introducía a la cámara del capitán, Silva se dispuso a levantar una gran lona que estaba extendida sobre cubierta, tapando informes bultos.

Cuando Gregorio levantó la lona, retrocedió horrorizado: 18 cadáveres yacían alineados, codo con codo, y espantosamente amarillos. El macabro espectáculo impresionó profundamente a los jóvenes empleados, que descendieron a toda prisa de aquel barco del que la muerte se había enseñoreado.

Averiguaciones posteriores y conjeturas razo- nables explicaron los hechos. La embarcación se llamaba "Calipso" y era de matrícula holandesa. Había zarpado del Japón cargada de mercancías consignadas a Panamá, México y San Francisco, California. En su estancia en Panamá algunos miembros de la tripulación habían contraído fiebre amarilla, que era endémica en aquel país, y durante su travesía rumbo a las costas mexicanas la epidemia se había desatado incontenible, habiendo ocasionado la muerte de la mayor parte de la dotación. Los escasos supervivientes condujeron la nave a Manzanillo y, posiblemente ante el temor de ser reducidos a cuarentena y objeto de molestos interrogatorios, habían procurado arribar de noche y abandonar el barco con su carga de muertos.

EMPIEZA LA SIEGA DE VIDAS...

Al día siguiente de la inspección oficial, Gregorio se sintió enfermo, llamando ur- gentemente a su padre, don Victoriano Silva, que vivía en Colima, quien apenas llegó a tiempo de presenciar la muerte de su hijo.

Regresó don Victoriano a Colima el 6 de octubre y cayó en cama, atribuyéndolo a la fatiga del viaje y a la pena sufrida. Inútilmente lo atendió el doctor Gerardo Orozco, pues el enfermo falleció el día 15, seguido poco después por el propio galeno. Entre tanto, moría en Manzanillo Florencio Arzac, el infortunado compañero de Gregorio.

Todas estas víctimas, inmoladas a la mortal enfermedad desconocida, adquirían para morir una intensa coloración amarilla y sufrían una extraordinaria elevación de la

temperatura. Los médicos se confundían, pues ignoraban los síntomas del mal y receta- ban quinina, considerando que se trataba de alguna forma perniciosa de la malaria. Por fin, pudieron precisar el diagnóstico: ¡era fiebre amarilla!, pero no sabían cómo curarla.

Como dato curioso para los efectos de la estadística, cabe mencionar el hecho de que don Victoriano Silva fue el último huésped mortuario sepultado en el antiguo panteón de la ciudad, que estaba en el terreno donde hoy desemboca la avenida Madero, calzada Galván de por medio. Tiempo atrás, don Juan Brizuela, un rico hacendado colimense, había cedido al Ayuntamiento un terreno de su propiedad denominado "El potrero de las víboras", que fue convertido en cementerio. El doctor Orozco estrenó el nuevo panteón, que hasta la fecha se encuentra en uso.

LA MUERTE GALOPA...

La epidemia se generalizó con rapidez tremenda, llenando de pánico a los habitantes de la infeliz ciudad. Familias enteras perecían víctimas de la peste; y el temor al contagio, que era sinónimo de muerte inevitable, originó manifestaciones de inhumano egoísmo. Los sepultureros abandonaron su trabajo y hubo días en que se acumularon en el pan- teón numerosos cadáveres, sin que nadie se resolviera a enterrarlos a ningún precio.

Las autoridades adoptaron medidas riguro- sas, aunque empíricas. Se ordenó a la población que a las 4 de la mañana y a las 6 de la tarde se encendieran fogatas en las calles y sitios públicos, para desinfectar el ambiente. La campana mayor de cada templo sonaba lúgubremente a la hora en que deberían prenderse las piras, cuyo crepitar en medio de lenguas de fuego y densas volutas de humo constituía un espectáculo impresionante, que contribuía a aumentar la consternación.

EL APOGEO DE LA MUERTE...

De junio a septiembre de 1884 la epidemia alcanzó su máximo grado. La gente moría como moscas y la ciudad vivió una repetición de las pestes bíblicas que asolaban las comarcas, dejando tras de sí desolación y muerte.

Por fortuna, las autoridades civiles y eclesiás- ticas estaban encabezadas por personas de nobles sentimientos: el gobernador del estado, don Esteban García, no solamente se abstuvo de cobrar sus sueldos durante toda esa época, sino que dispuso de su fortuna personal para la formación y sosteni- miento de comités de salud y de caridad.

Por su parte, el señor doctor Francisco Melitón Vargas, primer obispo de Colima, se multiplicó en sus esfuerzos para ayudar al pueblo, echando mano de todos los recursos posibles para la adquisición de medicinas y alimen- tos; y dando ejemplo de una piedad cristiana admirable, se expuso al contagio visitando a todos los enfermos que lo requerían y para quienes su sola presencia era un consuelo.

En esa ocasión de prueba, las damas linajudas de Colima exhibieron sus grandes vir- tudes de abnegación y desprendimiento, cooperando con su dinero y su trabajo personal en el auxilio compartido a la población.

Hasta noviembre de 1884 empezó a decrecer la intensidad de la epidemia y en el siguiente año se registraron solamente casos aislados. Colima se había salvado, pero conservaría para siempre las cicatrices del "azote de Dios", como antiguamente se lla- maba a las pestes.

El bellissimo cometa de 1882 fue asociado por la imaginación popular a la aparición del terrible mal, quedando para siempre bautizado como "El cometa de la fiebre amarilla". Él, gracioso pero funesto, del cielo había traído la muerte entre los hilos de su cauda luminosa, como hecha de polvo de estrellas...



Seda, de Alessandro Baricco*

Gerardo Cham

En 1996 apareció en Italia una novela que inmediatamente cautivó a sus lectores, me refiero a *Seda*, de Alessandro Baricco. Algunos críticos italianos han calificado a esta novela como un ejercicio extremo de arte y delicadeza. Pietro Citati, en su momento se refirió a *Seda* como “una historia insólita y de una hermosa melancolía”. En efecto, Alessandro Baricco ha logrado un relato sugestivo que mezcla pequeñas historias cruzadas al interior de una gran historia: un hombre que atraviesa el mundo para descubrir sus propios universos interiores cargados siempre de amor, nostalgia y brumas de silencio.

La novela transcurre a mediados del siglo diecinueve en Francia. Hervé Joncour, el personaje central, es un joven comerciante de gusanos de seda que, más allá de las ganancias, vive obsesionado con la idea de convertirse en un artista de la seda, ni siquiera en el más grande, simplemente en un artista. Entramos entonces a un mundo lleno de sutilezas y descripciones muy delicadas sobre lo que implica el cuidado de tan preciada mercancía. Todo transcurre en un clima náutico de ingenuidad, simplicidad, belleza. Baricco describe, con gran economía de lenguaje, las circunstancias políticas y económicas tan difíciles en las que se desarrollaba el negocio de la seda.

Hervé Joncour tenía que recorrer desde Lavilledieu, su pueblo natal, mil seiscientas millas de mar Mediterráneo y ochocientos kilómetros de tierra a través de Siria y Egipto para poder comprar los preciados huevecillos. Una vez que llegaba al final de su viaje, seleccionaba los huevos, discutía el precio y emprendía el mismo trayecto de regreso hasta su pueblo natal. Sin embargo, a pesar de los ambientes peligrosos y llenos de vicisitudes, Hervé Joncour actúa siempre desde el silencio. Sus actitudes no son las de un frenético mercader, sino las de un frágil poeta. Vive de la melancolía y cuando habla sus palabras caen como plomo en la tierra:

—¿Cómo es África? —le preguntaban.

—Cansa.

Después de muchos viajes por África, Joncour decide llegar hasta lo que por entonces se consideraba el extremo del mundo: Japón. Alessandro Baricco se muestra como un maestro en el arte de la condensación, pues en muy pocas páginas y con un estilo muy conciso nos describe la situación política del Japón con respecto a los países europeos. Especialmente se proyectan las consecuencias de aislamiento económico, sujeción y sometimiento de la isla, bajo el asedio constante de mercaderes chinos, holandeses e ingleses. Mientras todo esto se va narrando como paisaje de fondo, asistimos a la plena transformación de un joven mercader a un delicado artista de la seda. Encontramos numerosos detalles que nos hablan de un hombre que conocía las minucias de su oficio como si en ello le fuera la vida misma, y tal vez, lo excepcional del relato es que todo se va narrando mediante detalles esbozados y fulguraciones sugestivas. En esta novela nada pretende ser copioso, abundante, mucho menos excesivo. Ante todo, Baricco practica el arte de la mesura.

Las dificultades por las que debía pasar todo viajero de la época para llegar al Japón hacen que la aventura de Hervé Joncour se convierta en toda una odisea. Sin embargo, desde el punto de vista del propio personaje, bien valía la pena emprender un viaje tan peligroso, pues estaba seguro de que en el mundo no había ninguna seda en calidad y textura comparable con la que se producía en el Japón. Además, se rumoreaba, entre mercantes, que si en doscientos años de aislamiento no había

llegado ningún chino a la isla, tampoco era probable que alguna enfermedad destruyera los huevecillos de la seda.

De este modo, Hervé Joncour emprende su aventura hacia el Japón sin ningún conocimiento de la isla. Únicamente llevaba las referencias de tres nombres que le había proporcionado su amigo Baldabiou. Después de atravesar muchos países, territorios y comarcas, navega por el océano hasta llegar a la costa oeste del Japón. Una vez en la isla, también lo vemos atravesando montañas y viajando a pie por inmensos caminos, hasta llegar a la provincia de Ishikawa, Toyama y Niigata. Finalmente, su tesón y el azar lo conducen hasta los dominios de Hara Kei, el hombre más inexpugnable del Japón.

Además de los huevecillos de la seda, el otro gran móvil de la novela es el amor. Hay un momento en que la vida de Joncour da un vuelco, al ver por primera vez a una misteriosa muchacha, de la cual se enamora intensamente, siempre en silencio. Entre ambos no hay palabras, únicamente unas cuantas miradas y tal vez un roce con la punta de un dedo. Poco llegamos a saber de esa muchacha, salvo que vive con Hara Kei y que lleva un vestido color naranja y el pelo suelto sobre los hombros. A partir de ese primer encuentro Joncour vivirá sólo para pensar en esa muchacha. Cuando regresa a su pueblo en Francia, ya no es el mismo. Poco a poco se desliga de todo, hasta de su esposa. Al paso del tiempo la imagen de aquella mujer se va convirtiendo en una terrible obsesión. Hacia el final de la novela vemos a un Joncour regresar desesperadamente al Japón. Se reúne con Hara Kei pero en realidad busca a su misteriosa dama. Una noche al fin da con ella. El encuentro físico es, como todo en la novela, fugaz y delicado. Pasan los años, Japón entra en guerra. Nuestro personaje nada vuelve a saber de Hara Kei y sus mujeres, hasta que en 1864 decide emprender un cuarto viaje. La guerra había devastado la isla. Sólo había llamas y cenizas en la aldea de Hara Kei. La soledad para Joncour se vuelve inmensa.

“No quedaba nada. No quedaba un alma.

Hervé Joncour permaneció inmóvil, mirando aquel enorme brasero apagado. Tenía tras de sí un camino de ocho mil kilómetros. Y delante de sí la nada. De repente vio algo que creía invisible.

El fin del mundo”.

Viene entonces la decadencia. Muchos hombres mueren, también millones de larvas de seda. Joncour regresa a Lavilledieu y emprende, junto a su esposa, una vida de hombre rico siempre dispuesto al exilio. Se suceden una serie de intrigas en torno a una carta de amor escrita en japonés y que una cortesana traduce para él. Finalmente muere su mujer y Joncour sólo manda esculpir una sola palabra sobre su tumba: *Helas*. Hacia el final comprende que su esposa había escrito aquella carta de amor, saturada de peticiones eróticas. El efecto es demoledor porque la epifanía del amor parece haberse cristalizado demasiado tarde. El tiempo ha cercenado toda posibilidad de recuperar el universo perdido.

Así es el universo poético de *Seda*, una novela que también puede ser leída como tratado memorable en torno a los deseos, los olores, las frustraciones y las infinitas complicaciones que produce en el ser humano la imagen de otra persona. *Seda* es una magnífica opción de gran literatura publicada en español por Editorial Anagrama.

*Baricco, Alessandro (1996) *Seda*, Editorial Anagrama, Tit. Orig. Seta, Trad. Xavier González Rovira y Carlos Gumpert, Séptima edición, Barcelona, 1997.

ALESSANDRO BARICCO

Seda



Al paso del tiempo la imagen de aquella mujer se va convirtiendo en una terrible obsesión. Se reúne con Hara Kei pero en realidad busca a su misteriosa dama. Una noche al fin da con ella.



Diógenes y la combi

Leopoldo Barragán Maldonado

Los frecuentes y lamentables asaltos cometidos a bordo de las unidades conocidas como ‘microbuses’ y ‘combis’ que cubren diferentes rutas en la Ciudad de México, y zonas conurbadas con el Estado de México, no sólo representan un peligro latente e inesperado para la ciudadanía que, por sus actividades personales, se ven en la necesidad de requerir este tipo de servicio, sino que además, resultan un nicho propicio donde la delincuencia opera con impunidad total, mientras que hombres y mujeres quedan a su suerte o a los designios del destino. Por medio de los noticieros televisivos nos damos cuenta del ‘uniforme’ que usan estas lacras: sudadera con capucha, gorra, lentes oscuros y mochila, así como la manera en que actúan en los momentos de cometer los ilícitos.

En algunos asaltos los malhechores se han salido con la suya, bajándose del transporte público como si nada hubiera pasado, ante la actitud estoica de las víctimas al ‘soportar’ un robo más, y la ‘imperturbabilidad’ de las autoridades; sin embargo, uno de los últimos atracos perpetrado por los ladrones, no salió como lo esperaban, obvio que me refiero al cometido en una ‘combi’ de la ruta 83, la tarde del pasado 31 de julio, en el tramo México-Texcoco, a bordo de la cual los pasajeros tundieron a golpes a uno de los asaltantes. Con la rapidez que le llovieron al ratero todo tipo de trancazos, así fluyeron los videos y los famosos ‘memes’ alusivos al frustrado atraco, percibiéndose como un acto justiciero llevado a cabo por los pasajeros; por eso, en tiempos de crisis, más vale ser cínico que estoico.

Como consecuencia de la golpiza, el talento sarcástico de los mexicanos invadió las redes sociales. En lo personal, me provocaron risa dos memes, uno de ellos mostraba el águila nacional con la leyenda ‘Suprema Combi de Justicia’, pero el más gracioso que miré fue otro en que se exhiben cinco muñequitos de pie, uno portando sendo bat, y otro noqueado en el suelo, atrás de todos aparece la mentada combi en color blanco, con la leyenda: ‘la combi se vende por separado’; la verdad se me hizo buena ocurrencia. Pero más allá de la chocarrería y el relajo mediático, aquellas imágenes expresan con sinceridad e ironía el hartazgo de la ciudadanía frente a los exponenciales índices de inseguridad y la tibieza de las autoridades correspondientes.

En un Estado en que el ideal aristotélico de autarquía, como satisfacción real y potencial de las necesidades materiales y espirituales de los ciudadanos, brilla por su ausencia, la población ofendida no se la piensa dos veces para hacer justicia por su propia mano. Diógenes de Sínope, la estrella luminosa de la escuela cínica, no estuvo muy lejos del concepto aristotélico; Hegel en su obra *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, lo interpreta de la siguiente manera: “En un estado deben encontrar holgado sitio y poder desenvolverse a sus anchas todas las dotes, tendencias y modalidades; y cualquier individuo debe poder participar de ellas en la medida en que quiera, siempre y cuando que, en conjunto, se oriente a tono con lo general”. Por esa razón, cuando Diógenes se enfrascaba en las controversias relacionadas con las leyes y el gobierno de la ciudad, decía: “en esta vida, o nos hemos de valer de la razón, o del dogal”, es decir, de la cuerda que se le ponía al cuello de los

malhechores para lincharlos.

Los memes son muestra inequívoca de un pueblo desesperado ante la cotidiana inseguridad, las brutales manifestaciones de violencia, y la imparable descomposición moral, roída por un sistema jurídico penal anacrónico. Frente a tales acontecimientos, el recurso de la ironía, el sarcasmo y la burla, con mayor o menor virulencia, son moralmente válidos y socialmente justificados; así como Diógenes Laercio, en su texto *Vidas de los filósofos más ilustres*, destacó la humorística mordacidad de Diógenes de Sínope, al contarnos que “en una

oportunidad habiendo visto a los diputados que llevaban preso a uno que había robado una taza del erario, dijo: ‘los ladrones grandes llevan al pequeño’. El mismo filósofo cínico que al subirse unas ratas a su mesa, se sacó de la manga esta parábola: “He aquí que Diógenes también mantiene parásitos”. ¿Qué tal? Cuestión de imaginación.

Cuando las instituciones están resquebrajadas y se agudiza el decadentismo moral desembocando en el desorden cívico, el escarnio se constituye como un medio pacífico para expresar el repudio por los acontecimientos que lesionan la tranquilidad personal y la paz social. Diógenes Laercio, nos cuenta otro chascarrillo de Diógenes el perro, que aplica para quienes abordan las combis del servicio público: “Habiéndole uno dado un bofetón, dijo: ‘Por Dios, que yo ignoraba una bella cosa, y es que debo llevar casquete’.

Es cierto que vivimos en una época de contradicciones espirituales, donde los instintos arremeten contra la fortaleza de la razón, sujeto y objeto resultan antitéticos, no se ve clara una síntesis social que armonice tales opuestos, actualmente se ha perdido el equilibrio entre los ciudadanos y el Estado.

En otro pasaje dice Diógenes: “Sin ciudad de nada sirve lo ciudadano y urbano; la ciudad son los mismos ciudadanos: sin leyes de nada sirve la ciudad y los ciudadanos; luego las leyes son cosa indispensable en la ciudad”. De nueva cuenta experimentamos, en nuestra realidad nacional, una especie de helenismo cultural en franca descomposición, tal y como Hegel lo describiera en el segundo volumen de su obra mencionada: “En el luminoso mundo griego, el individuo sentíase más unido a su Estado, a su mundo, y hallábase más presente en él. Esta moralidad concreta, esta tendencia a implantar el principio en el mundo mediante la organización del Estado, como la encontramos en Platón, esta ciencia concreta, al modo de Aristóteles, desaparecen ahora (...) se borra con mano áspera todo lo que había de bello y de noble en la individualidad espiritual”. Lo que el filósofo nos trata de explicar es la transición de la universalidad apolínea griega arropada con los valores de justicia, piedad, fortaleza y templanza, hacia su nueva individualidad

dionisiaca, cobijada con la procuración y contención de los placeres. Dicha aniquilación de la unidad se vio representada por las escuelas helenísticas de los estoicos, epicúreos, escépticos y cínicos; varios historiadores destacan la importancia de las tres primeras, sin embargo, el cinismo no debe ser descartado, si bien no estructuró un andamiaje teórico al estilo estoico, pero en cambio delineó un modo de vida basado en la repulsa a la vida material, a la opulencia, y sobre todo, frente a la descomposición moral y decadencia política.



Suprema Combi

de Justicia de la Nación

Los memes son muestra inequívoca de un pueblo desesperado ante la cotidiana inseguridad, las brutales manifestaciones de violencia, y la imparable descomposición moral, roída por un sistema jurídico penal anacrónico. Frente a tales acontecimientos, el recurso de la ironía, el sarcasmo y la burla, con mayor o menor virulencia, son moralmente válidos y socialmente justificados

Ciudad nocturna

Armando Polanco

Para Manuel Amador

Al fondo penden globos llenos de polvo. “Gracias por su visita”, dice el letrero ubicado escaleras arriba que llevan a una bodega; más abajo se lee: “Ruta de evacuación”, y apuntan al único espacio despejado de mesas ubicadas sin orden.

La sinfonola ruge con Vicente Fernández, Los Bukis, Los Temerarios, Lupita D’ Alessio, avivando los recuerdos mientras nubes de humo desaparecen como los pensamientos al final de cada canción.

Deslizas la mano sobre la superficie de la mesa para alcanzar la cajetilla de cigarros Marlboro rojos, al tiempo que hablas al muchacho que sirve caguamas:

—¿Tienes lumbre?

De su bolsillo saca un encendedor que lo dirige hacia ti, mientras tu mano presiona suavemente su brazo y se acelera el flujo de tu sangre vibrando en tus sienes. Sueltas su brazo cuando tu cigarro echa pequeñas chispas y con la bocanada de humo sale un gracias con leves tosidos.

—Tráeme otra, señalando la caguama al tiempo que te reacomodas el sombrero.

Hace siete años viajaste a la Ciudad de México encabezando una delegación de campesinos de Puebla para una exigencia pública al gobierno federal y llegaste aquí, al entrar quisiste salir pero te quedaste. Aspiras el cigarro y bebes de la botella para luego sacar de tu bolsillo el paliacate rojo y secar el sudor en tu frente.

Observas que al lugar van llegando como citados a diferentes horas de dos, de tres, o solitarios, miras el grupo que ocupan tres mesas, ríen a carcajadas y platican de bulto, abren sus brazos sin soltar el vaso de plástico con cerveza, palmean sus manos, golpean las mesas en segundos de euforia y a ratos brindan a una sola voz, —¡Saluuuuu!

Por su apariencia reconoces a jubilados, pensionados, comerciantes de la Merced, la Lagunilla, maestros universitarios, mecánicos, guardias de seguridad, funcionarios federales, maistros albañiles, muchachos de la Central de Abastos, estudiantes y uno que otro perdido ricachón.

A las primeras notas musicales de Gloria Trevi, uno de ellos toma el mantel que cubre la mesa para ponérselo como peluca y se arremanga la camisa a la altura de sus pechos simulando un minúsculo top, hace un doblez al pantalón para bajarlo más allá de su ombligo y salta una panza tapizada de canoso vello, una botella de quartito vacía es el micrófono, la pista le queda chica para bailar, abre los brazos, se agacha y con ambas manos toma su imaginaria cabellera... —¡No, no, no estoy loca!, camina hacia la entrada con la mano en su cintura, regresa al fondo, brinca y mueve su flácida cadera al ritmo de la canción, sus compañeros le aplauden, chiflan, alzan las botellas y le avientan besos.

Terminada la actuación se acerca a ti y coquetamente quita de tus labios el cigarro al tiempo que planta un beso en tu mejilla, se retira en un zigzag femenino, caminando de puntitas sobre imaginarias zapatillas con alto tacón; tú te tocas la barba y sonríes halagado.

Las pláticas y risas vuelven. Te levantas tambaleante, caminas al baño, un pequeño cuarto con ladrillos salitrados, la taza igual que el mingitorio con sarro son de concreto, un tubo de pvc gotea sobre muchas cáscaras

de limón y pedazos de hielo en el pestilente miadero. Te sostienes en la barda con la mano izquierda para bajar trabajosamente el cierre de tu pantalón de mezclilla pero te gana el esfínter y te mojas el pantalón salpicando tus botas de piel de cocodrilo, diriges el chorro en la esquinita para hacer espuma mientras sientes un placer al desaguar tu vejiga, te sacudes y sales tambaleante de aquel pequeño baño iluminado por un foco al centro, saludas con la mano abierta a los melosos de sombrero que no dejan de besarse en un rincón en penumbras.

Los cartones de caguamas se amontonan por todos lados, bebes de la botella y comes los duritos salpicados de salsa servidos en un platito de plástico. El campo, el ejido, el sorgo, el ganado, los compadres, la fiesta familiar, los caballos, son pendientes que se lleva el río de cerveza bajando por tu garganta.

La sinfonola vomita su repertorio, Donna Summer, Marisela, Bronco, Lorenzo de Monteclaro, Juan Gabriel, Rocío Dúrcal, The Bee Gees, las mesas de entrada son ocupadas por algunos jóvenes con mochilas al hombro y otros no tan jóvenes; cercano a la barra está un hombre serio con traje y portafolio que bebe de la botella, en su mano derecha brilla un anillo matrimonial; distingues sombreros vaqueros, cachuchas, cabellos engomados, otros pintados de morado, rosa y labios rojos; las pláticas y risas se acompañan con sorbos de cerveza de los vasos de plástico.

Miras el viejo reloj de Pepsi con forma de corcholata colgado atrás del que sirve caguamas en la barra, un hombre setentón, recuerdas la primera vez que entraste a este lugar un mes de agosto, llovía a cántaros y te guardaste aquí.

Unas pláticas te sacan de tus pensamientos, frente a la sinfonola dos hombres calvos platican y ríen, —por cómo te miró hoy en la oficina, le gustaste al licenciado—, ambos visten camisa blanca manga larga con un logotipo bordado a la altura del pecho, sus dentaduras brillan frente a la luminosa pantalla del aparato de enormes bocinas cercano a tu mesa, tu olfato separa los suaves efluvios de sus perfumes del agarrado olor avinagrado a sudor, humo y ropas viejas. Hablas al muchacho que sirve y señalas una más con el índice. Vuelves la mirada al hombre de traje, se miran un par de segundos y te sonríe, brinda contigo alzando su botella y tú sonríes con afable mueca.

Los duritos te abren apetito pero es más la avidez por beber, refrescarte, alivianarte esa noche. Llegan a tu mente las novias que tuviste, las experiencias antes del matrimonio, los amores que lloraste. Bostezas y te empinas la fría caguama, bajándole hasta la mitad.

Atraes esa sensación que tuviste al acostarte con chicas en los años de tu juventud y que ahora ese placer, pasados los años de matrimonio, se había hecho monótono, había muerto, nunca creíste gozar de otras carnes que cambiaron todo tu paradigma, tu secreto en ciudad nocturna.

Te platicas a ti mismo, mueves los labios enumerando un nombre que provoca un brillo en tus ojos —Ramón, Ramón Ramoncito—, tocas con el índice las sienes como inspirado por su nombre, —¡Ah *chingao*!, qué bonito es lo bonito—, das un trago a la caguama, fumas el cigarro y al girar tu cabeza descubres que el hombre de traje se ha pasado a tu mesa, está al lado tuyo para acompañarte esta vez.



Cuando una mujer guapa parte plaza en Madero (1953). Foto de Nacho López.

De las mil y un formas de mirar a una mujer

Ángel Gaona

Como a un José María Velasco en lejanía
un Rembrandt en el Louvre
un atardecer desvanecido
o al rayo un instante antes de ocultarse

Propongo un modo alterno
una transgresión a lo recién establecido
por qué no verlas desde la atalaya
del deseo irremediable
del condenado a fusilamiento
del esteta contemplando una obra maestra
del naufragio que avista salvamento

Sin el mínimo sentido de culpa
la conciencia compungida
el ceño delator del mirón incorregible
nada que no sea el deleite puro
sin los escrúpulos ni ambigüedades
que son propias del adúltero encubierto

Miremos pues a las damas sin recato
subordinados a la veneración propiciatoria
la del acto inofensivo de mostrarle
admiración a sus atributos, a la gracia
a la divinidad hecha materia.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Oportunidades buscadas y fugaces encuentros

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1994. Todos, en nuestras propias vidas tenemos en puerta o a la vuelta de la esquina las oportunidades, en muchas ocasiones las buscamos y en otras solamente se nos presentan, y cuando así nos pasa, algunas veces las aprovechamos, pero en la mayoría no las tomamos en cuenta y después nos preguntamos el porqué de no haberles hecho caso y utilizado.

Recuerdo que mi papá nos platicaba que allá por 1916 estábamos urgísimos en Cuyutlán por regresarnos a Colima; mi mamá Laura se había puesto grave y los trenes de pasajeros por motivo de la Revolución no corrían con regularidad, y fue entonces cuando mi papá tuvo la oportunidad cuando el primer jefe, don Venustiano Carranza, de regreso de Manzanillo ordenó que el tren presidencial parara en Cuyutlán, para conocer y contemplar la ya famosa Ola Verde. Así que al bajar don Venustiano de su vagón, mi padre se le acercó comentándole de la enfermedad de su señora, de la carencia de trenes de pasajeros y de la urgencia y necesidad de trasladarla a Colima, pidiéndole desde luego la autorización para que su familia viajara a Colima. El primer jefe no lo pensó dos veces, de inmediato ordenó que tan luego llegara la familia se instalara en uno de los pullmans del famoso tren amarillo, y todavía más, cuando llegamos a Colima, alrededor de las 8 de la noche, dos oficiales vinieron al centro de la ciudad a llevar dos coches de punto para que la familia Ceballos se trasladara a su domicilio. Han pasado los años y yo me pregunto que ¿si algo parecido le pasara a alguna familia, nuestros actuales “democráticos” presidentes los aceptarían como compañeros en el avión presidencial?

Por 1923, en plena revolución delahuertista, fue herido y hecho prisionero el general Lázaro Cárdenas, todavía eran tiempos de hidalguía y compromisos, así es que los vencedores tuvieron a Cárdenas como prisionero dándole la ciudad por cárcel. Como Colima era chico y mi papá era muy amistoso y platicador y en la tienda que ya era prestigiada se vendían libros de muchos autores, el general pronto dio con ella y ahí estaba platicando con mi papá o en la trastienda hojeando los libros, y yo arriba de un banquito le bajaba los que el general no alcanzaba. Pasaron los años y debe haber sido en la década de los cuarenta cuando estuvo en el Hotel Ceballos en compañía de don Manuel F. Ochoa, presidente municipal de Guadalajara, y de Raúl Castellanos, que era un alto funcionario del régimen. En posteriores temporales tuve el gusto de atender a su familia y a sus hermanos y familiares en el hotel de Cuyutlán, y posteriormente en la década de los cincuenta,

cuando al llegar a la gasolinera de Tecomán me tocó ver al general en compañía del Chino y de don Pascual, teniendo el gusto de que el general al verme se encaminó hacia donde yo estaba, saludándome muy amistosamente y preguntándome sobre el Hotel Ceballos, teniéndole que contestar que había tenido que venderlo, y fue entonces cuando él comentó: ¿Y luego nosotros, sus amigos, le fallamos?

Pasan los meses y por 1924 mi papá, mi hermana Lilia y yo estábamos en Tonilita, un domingo, esperando el tren de pasajeros para regresarnos a Colima, y de pronto llega un hermoso tren color verde olivo, en la plataforma de pullman vemos a don Álvaro Obregón con sus hijos. De inmediato mi papá se acerca con nosotros a saludarlo. Al general debe haberle parecido un poquito raro encontrar en aquella estacioncita desolada a un hombre de buen vestir con dos niños, y después del saludo le pregunta: Y usted ¿qué está haciendo por acá? Vine a pasar el domingo y darnos una “asoleada”, y ahorita esperamos el tren para regresarnos a Colima, y fue entonces que Obregón le dijo: Si gusta súbase y nos vamos platicando. Mi papá ni tardo ni perezoso alzó a Lilia, y Obregón la recogió, lo mismo hizo conmigo y él subió ágilmente, y así fue de sencillo como aparecíamos ante las autoridades y multitud de personas acompañando al señor Presidente de la República en su visita a Colima.

También recuerdo la oportunidad que tuvo mi papá de poderle preguntar en pleno banquete en la Cámara de Comercio al general Manuel Ávila Camacho, en 1941, cuál discurso tendría que leer, si el que le habían hecho en el Palacio de Gobierno o el que había hecho “a mano”, en una simple hoja de papel, y el señor Presidente sin pensarlo mucho le indicó que leyera el escrito por él, y un rato después, cuando se despedían, mi padre volvió aprovechar la oportunidad para preguntarle: Señor Presidente, ¿es usted católico? Sí, señor. ¿De los que van a misa? Sí, señor, de los que van a misa. Desde luego varias intervenciones de mi papá sorprendieron y consternaron a la concurrencia, pero admirando la comprensión, amabilidad y cortesía de don Manuel Ávila Camacho.

Y estos son unos cuantos de los fugaces encuentros, u oportunidades aprovechadas con personajes de nuestra vida política, viéndose en ellos el don de gentes, la atención y la manifestación humana, cuando todavía esas personas que por merecimiento, buena suerte o hidalguía llegaban muy arriba y se comportaban con toda atención y afabilidad con sus semejantes de las clases mayoritarias.

* *Empresario, historiador y narrador. †*

La caja mágica

Yunúen Cuevas

Para Arturo Cuevas

feliz de admirarlo a él.

—Mira, ahí está la Luna. Ven, acércate.

Es común que la oscuridad sea uno de las cosas más temidas, sobre todo en la infancia. Para mí, era la hora perfecta, el momento especial. Como todos los jueves, mamá preparaba un café y lo entregaba a papá con un beso en los labios. Se dirigía a uno de los libreros y dentro de un cajón sacaba una gran caja, yo debía tener cinco o seis años, así que a esa edad todo parece enorme. Colocaba la caja bajo su brazo y comenzaba a subir las escaleras. Me gustaba ver cómo ese hombre alto, delgado, con barba en el rostro, subía por aquellos escalones de madera, de pronto mi mente le colocaba un traje espacial y casco de astronauta en su cabeza, volteaba a mí y decía ¿Lista?, mientras se elevaba flotando cada vez más por aquella superficie empinada.

—Anda, sube, vente, vamos, corre, ¿qué esperas? —eran las frases que emitía y yo como pato que sigue a su progenitor, subía brincando en las nubes de madera que él acaba de pisar.

El escenario estaba listo, la azotea. Un piso helado por la brisa nocturna, una frazada que nos daba mamá, el café en su taza, el atole en la mía y él comenzaba a abrir la caja mágica. Uno a uno comenzaban a salir los objetos: un tubo blanco, uno pequeño, una escuadra y una base con tres patas. Sí, era un telescopio.

Yo disfrutaba hasta ver cómo lo armaba, él estaba ansioso por admirar el espacio a través de este mágico objeto, pero yo estaba

Me levantaba de la cintura, yo colocaba mi ojo en aquella escuadra y podía ver cómo aquel punto blanco aumentaba de tamaño. No dejaba de sorprenderme cómo algo tan pequeño podía verse tan grande de repente. Levantaba la cabeza y miraba a la Luna nuevamente, como esperando verla frente a mí y poder abrazarla, y volvía a mirar por aquel lente para no perderme detalle de lo que papá me relataba.

Vi estrellas, planetas, la Luna cientos de veces, escuché sus historias, leyendas y cuentos relacionados con la inmensidad del espacio y sus constelaciones. Al terminar de admirar, mamá nos indicaba que debíamos entrar nuevamente a casa, para no resfriarnos por el sereno de la noche. Papá guardaba religiosamente una a una las piezas de telescopio y yo le ayudaba a colocarlas en su lugar dentro de aquella gran caja.

—Papá, ¿algún día podré tocar las estrellas? —pregunté esa noche.

—Claro, cada que cierres los ojos imagínate rodeada de ellas, extiende tus manos y podrás acariciarlas —contestó.

Ahora, siempre que veo un telescopio, no puedo evitar tener cinco años otra vez, emocionarme como cuando sacaba la caja y subía aquellas escaleras, cuando lo armaba y levantaba mientras contaba historias sólo para mí. De vez en cuando, cada jueves por la noche, cierro los ojos y toco las estrellas, como aquellas que acariciaba en mi niñez.